

"ELLA"

Marisa despierta temprano, levanta las persianas, es verano, día de sol espléndido. Los pájaros han cantado como todas las mañanas, alegrando su espíritu y predisponiéndola para las tareas cotidianas. Ernesto se fue temprano al trabajo, le dio un beso para despedirse y partió impecable. Llevaban un mes y días de casados, estaban muy enamorados, eran muy felices.

Habían regresado de la luna de miel y en la casa había que acomodar prolijamente todo. Regalos y moños por todos lados, que fue desenvolviendo para ubicarlos. Apareció una plancha. Marisa la tomó con dos dedos haciendo una mueca de desagrado, no le gustaba planchar; una valija de mano, bonita; dos veladores; ¡otra plancha!; una cafetera, no le gusta el café estacionado, le gusta hacerlo fresco; un microondas; ¡otra plancha! ¿Y eso inmenso? ¡Un lavarropas!, sabía, sus padres se lo habían prometido. Ya imaginó su ubicación en el lavadero, era "su amigo", lo amaba. Evidentemente sus amigos se habían puesto de acuerdo para que ella trabajara todo el día. ¿Cómo haría para usar todo...? Ya sé, se dijo, amigas próximas preparan sus casorios y allí irían a parar: ¡las planchas primero!

Era hora de preparar la comida, algo sencillo, bifés, ensalada y melón de postre. No tenía pan fresco, así que puso rebanadas de lactal en la nueva tostadora.

Llegó Ernesto. Abrazos, besos apasionados, el amor... puso los bifés y la comida quedó para luego. Un olor a quemado los trajo a la realidad: no habría tostadas ni bifés, sólo ensaladas y melón. Comieron entre caricias pegajosas y siguió la siesta con el amor.

Al levantarse, miró el cielo por la ventana y vio que venía tormenta, dejó todo y levantó la ropa tendida, una pila que trajeron del viaje, pasó por al lado de la tabla de planchar, "ella" le hizo un guiño que Marisa ignoró. No obstante algo debía planchar. Comenzó con una camisa de Ernesto, la más simple, esas que con una pasada... Y con la pasada la quemó, "ella" comenzó a titilar furiosa, roja, Marisa corrió al instructivo y ¡claro! estaba al máximo para prendas de hilo, la bajó y comenzó la tarea que no quedó bien porque la bajó demasiado. Se agotó. Planchó dos pañuelos de Ernesto y abandonó. Comenzó a desarrollar su secreto para recurrir a "ella" lo menos posible. Estiró las prendas en la cama, las acarició con la mano como plancha humana y las fue doblando prolijamente. Quedó todo perfecto, ¡a guardar! Para "ella" quedaba muy poco.

Sábado. Ernesto le recuerda que a la noche tienen el casamiento de un amigo, contentos se dispusieron a vestirse para este acontecimiento que disfrutarían recordando su propia fiesta. Ernesto eligió la camisa que llevó puesta ese día. Le pidió a Marisa: dale una pasadita, en el viaje se arrugó. Marisa arrugó la nariz. Bueno... dijo y buscó su vestido verde manzana que

adoraba porque le quedaba al cuerpo resaltando sus líneas. Enchufó a "ella". Sonó el teléfono. Una amiga preguntando cómo le había ido en la luna de miel. Charla de un rato. Olor a quemado. Cortó. "Ella" estaba rojo furioso, desenchufó, la tomó y la tiró quemándose la mano. ¡Por algo te odiooooo! le dijo a "Ella" que hizo un guiño desentendiéndose. Cuando Ernesto la vio con la mano quemada, directo al médico, con venda, con dolor, con mimos y sin casamiento. Nos quedamos sin plancha Marisa, menos mal que nos quedaron dos entre los regalos. ¡No! las regalé en los dos casamientos anteriores...

Al día siguiente comenzó la tarea con su "amigo", en ese momento llegó su marido:

-¿Todo bien amor?

-Todo bien querido -dijo sonriendo.

Él fue por detrás, la tomó de la cintura, la dio vuelta, la alzó sentándola sobre el "amigo"... y volvió el amor. Y con él, imaginemos cuántas anécdotas más.